



## Innerarity, Daniel (2023). *La libertad democrática*. Galaxia Gutenberg. 224 páginas

Francisco Bernete  
Universidad Complutense de Madrid  

<https://dx.doi.org/10.5209/aris.93946>

Hay libros que son meras recopilaciones de artículos que envejecen pronto y mal, porque pierden todo su sentido fuera de su contexto de producción. Otros, a pesar de estar compuestos por artículos publicados previamente en prensa mantienen su vigencia porque, aunque estuvieran escritos al calor de algún acontecimiento reconocible, no están orientados a describir o juzgar unos hechos en particular, sino que toman los sucesos como indicios de problemas característicos de una época. Así es el libro que nos ocupa.

El catedrático de Filosofía Política Daniel Innerarity, investigador Ikerbasque en la Universidad del País Vasco, director del Instituto de Gobernanza Democrática y profesor en el Instituto Europeo de Florencia, suele advertir de los problemas que padecen sociedades con sistemas democráticos como el nuestro, cuya evolución requiere ser diagnosticada con altura de miras, de modo que sea posible anticiparse a las consecuencias no previstas por los agentes sociales.

Porque es el futuro de la democracia lo que está en juego, es necesario observar con atención el uso que hacen los actores de conceptos tan manoseados como el de libertad, con el fin de identificar aquellas utilizaciones posibles del término que, paradójicamente, pudieran conducir a su pérdida. De entrada, no es clarificador que apelen al valor de la libertad u otros principios de la democracia tanto quienes defienden una medida como quienes defienden la contraria.

El autor había publicado en 2019 *Una teoría de la democracia compleja*. Un libro donde ya advertía sobre el riesgo de la simplicidad en los análisis de las sociedades contemporáneas; y, más en general, sobre la necesidad de revisar si aún son útiles los conceptos que se usan como categorías políticas para las democracias del siglo XXI, que han de vérselas con una realidad compleja. Desde entonces viene proponiendo que el modo de pensar la democracia y la forma de gobernar se adecúen a la complejidad social, porque, de no hacerlo, tal complejidad podría convertirse en una amenaza para la democracia.

Innerarity colabora habitualmente en las páginas de opinión de *El País*, *La Vanguardia* y *El Correo/Diario Vasco*. Con artículos publicados mayoritariamente entre 2020 y 2022 (algunos anteriores) ha compuesto el volumen que reseñamos, estructurado en cinco bloques, a saber:

- I. El futuro de la democracia
- II. El nuevo paisaje ideológico
- III. La política, instrucciones de uso
- IV. Ámbitos de democratización
- V. Gobernar la sociedad de la crisis

Antecede a los cinco bloques una introducción donde el autor explica inquietudes y motivaciones que dan lugar a este conjunto de textos y le proporcionan una cierta unidad, empezando por la observación de que, en los últimos años de la vida española (notablemente, durante la pandemia generada por la covid-19), la derecha reivindicó la insumisión y la izquierda fue más obediente a las autoridades sanitarias. Innerarity sostiene que se ha producido una suerte de desplazamiento. Ahora la derecha política, tradicionalmente defensora del orden y la estabilidad, defiende la libertad, pero entendida como ausencia de restricciones para actuar individualmente (cabe señalar que más en línea con Nozick que con Rawls). Sin tomar en cuenta que (a) el ejercicio de la libertad depende de determinadas condiciones sociales y (b) está vinculado a ciertas obligaciones sociales. En suma, sin prestar atención a la necesaria articulación entre la libertad de cada cual y la de los demás. Y ello por cuanto la libertad de actuación individual debe hacerse compatible con la responsabilidad sobre los efectos de las acciones propias. Lo que, a la larga, puede incidir en pérdida de libertad para todos por no cuidar lo común.

“El futuro de la democracia” (bloque 1) reúne artículos en torno a determinados dilemas sobre lo que sería preferible hacer para garantizar la permanencia del sistema democrático (¿cambiarlo todo? ¿conservar

todo lo posible?). En buena medida, estos dilemas están vinculados a lo que esperamos de tal sistema (qué expectativas cabe mantener) y, sobre todo, a por qué habría que valorar la democracia (¿no hay otras formas de gobernar más eficaces?).

“El nuevo paisaje ideológico” (bloque 2) propone miradas para entender y gestionar la sorpresa que producen ciertos comportamientos de los actores políticos, eventualmente contrarios a las ideas que tenemos formadas sobre ellos. ¿Por qué son menos previsibles de lo que quisiéramos? Y, ¿cómo reaccionar ante aquello que nos desagradan, detestamos o incluso tememos?; o ¿cómo reaccionar ante el avance de los enemigos de la democracia si queremos protegerla? El autor advierte que “la prohibición es un recurso de última instancia que debe ser cuidadosamente justificado” (p. 75). Y ese principio se mantiene a sabiendas de que “en la extrema derecha, aun siendo un actor legítimo dentro de una democracia no militante, la exclusión de quien piensa diferente no es anecdótica o puntual, sino un elemento definitorio de su identidad y estrategia política” (p. 83).

“La política, instrucciones de uso” (bloque 3) recuerda la necesidad de aprender a convivir pacíficamente, de entender la política en tanto que son re-pensables su naturaleza, el comportamiento de sus actores o el valor de la democracia, aunque no solucione todos nuestros problemas. El funcionamiento de la política puede ser deficitario, pero esta constatación debe inducir a conocer mejor en qué consiste la política en una sociedad democrática. Si la democracia es una construcción singular, la verdadera memoria democrática —defiende Innerarity— se ejercita recordando las claves que la sostienen. Entre ellas: su relación con la verdad, los procedimientos para combatir la falsedad (siempre en un entorno de pluralismo garantizado); la confrontación entre libertad de expresión y la manifestación de sentirse ofendido; las rendiciones recíprocas (concesiones mutuas en la negociación) frente la defensa de programas de máximos; la necesidad de mejorar los instrumentos de rendición de cuentas para avanzar en la democratización de las sociedades; la incapacidad para comprender a quienes piensan de otro modo y prever su comportamiento, o para conocer las razones de su malestar porque la segregación ideológica y el desprecio impiden esos conocimientos; el derecho a ser incluido entre quienes toman las decisiones por ser afectado por ellas y no por tener una mayor competencia y, por tanto, el valor del sufragio universal sin que nadie pueda arrogarse el derecho a sentenciar quién vota bien o mal.

“Ámbitos de democratización” (bloque 4) refleja la situación en que se encuentra el sistema democrático en un entorno que aún no se sabe cómo manejar, compuesto por algoritmos y sistemas de decisión automáticos. La propuesta del autor es que la democracia haga con ello “algo similar a lo que siempre ha hecho con el poder: dividirlo, vigilarlo, limitarlo y auditarlo” (p. 138). Uno de los ámbitos donde se contraponen la valoración de la democracia a la vuelta al poder familiar es el de la escuela y su función en la sociedad. Un ámbito donde los defensores del veto parental usan un marco de libertad individualista para que prevalezca la autoridad paterna frente al pluralismo social que pueden encontrarse los niños y niñas en ese espacio común que es la escuela. Otros ámbitos donde el autor aconseja vigilar el funcionamiento de la política democrática son: las fiestas navideñas (por la necesidad de reconocer el pluralismo religioso), la monarquía (institución predemocrática, que persistirá si acepta que su legitimidad no puede ser natural, sino funcional, como si los monarcas fueran representantes electos), las naciones (donde la arquitectura territorial tiene que tramitarse combinando intereses contrapuestos, procedimientos democráticos y derechos de las minorías) y los parlamentos (en la medida en que utilicen los algoritmos, cuyos resultados se sustraen al debate político).

“Gobernar la sociedad de la crisis” (bloque 5) se ocupa de crisis diversas que son consecuencia de una forma de vivir: singularmente, la crisis climática y los fenómenos que pueden estar derivándose de ella (calor extremo, lluvias torrenciales, etc.). Es en este último bloque donde el autor sugiere que nos preguntemos qué clase de sociedad es esta que genera un tipo de crisis que parecen escapar a nuestro control; o mejor, parece escapar a nuestra capacidad práctica de enfrentarlas, por cuanto hacerles frente supone acometer ciertos cambios, necesarios, pero complicados. A veces, porque no hay unanimidad respecto a cómo solucionar los problemas, cómo se transita de una situación a otra, con qué costes, a cargo de quién, etc. Si las soluciones están referidas a otro modo de vivir, no parece que tengamos claro cómo hacerlo. Ni siquiera parece que se trate de crisis delimitadas que, una vez resueltas, nos devuelvan a una situación estable. Más bien, estamos lejos de saber a qué normalidad podemos aspirar. Para Innerarity, el verdadero problema es la coincidencia entre quien origina las crisis y quien debería resolverlas, puesto que son crisis producidas con unas prácticas y unas instituciones con las que tendríamos que solucionarlas. También una fuerte fragmentación social imposibilita que las diferencias se hagan explícitas y se negocien en un espacio público. ¿Cómo configurar lo común sin anular las diferencias? ¿Cómo conseguir que, sin merma del pluralismo, haya unidad de acción ante un problema que afecta a toda la humanidad, como el cambio climático? El autor concluye que “tenemos unas instituciones y unos procedimientos que no están en consonancia con el tipo de problemas a los que nos enfrentamos” (p. 181).

El abordaje del estado crítico de la sociedad contemporánea (más que de crisis puntuales) requeriría una capacidad para coordinar las acciones necesarias en todos los frentes o sectores (económicos, educativos, sanitarios, ecológicos, etc.), más que resolver los problemas de cada área por separado.

Innerarity ha definido la libertad democrática como aquella concepción de la libertad compatible con la convivencia en una sociedad plural.<sup>1</sup> Sus artículos vuelven con frecuencia a plantear los desafíos que supone hacer compatibles —en sociedades heterogéneas y entre convulsiones varias— las libertades personales y

<sup>1</sup> Entrevista a D. Innerarity en la revista *Casa Mediterráneo*, septiembre 5, 2023. <https://www.casa-mediterraneo.es/daniel-innerarity-la-libertad-democratica-es-aquella-concepcion-de-la-libertad-compatible-con-la-convivencia-en-una-sociedad-plural/>

los cuidados de lo común. Y, por ende, las inevitables autolimitaciones, así como las limitaciones (a su vez, contenidas y por procedimientos democráticos explicados) que tienen que imponer las instituciones para que la libertad y las condiciones dignas de vida sean posibles para el conjunto de la población.

En este libro, el autor hace gala de su carácter propositivo, mostrándose partidario de mejorar el funcionamiento de las democracias del siglo XXI atendiendo más a la cultura política y la implicación de la sociedad que a los liderazgos individuales. La razón es la siguiente: las posibles ineptitudes de los gobernantes hacen menos daño si vivimos entre ciudadanos comprometidos con la vida política y con instituciones robustas y adecuadas a la complejidad social.

Innerarity escribe filosofía política con un lenguaje inteligible para el lector de los periódicos citados más arriba. Aunque trata cuestiones de hondo calado político, lo hace cuidando mucho la claridad en la redacción. Su pedagogía democrática se expresa en un estilo divulgativo, que se aleja del lenguaje técnico especializado tanto como de la chabacanería de muchos artículos de opinión.